

máticos á una especie de censura. Las representaciones dramáticas no pueden tener lugar sino cuando los regidores de la municipalidad las permiten; lo cual manifiesta bien que los pueblos son como los individuos: se entregan sin miramiento á sus principales pasiones, teniendo buen cuidado despues de no dejarse arrastrar por gustos que no conocen.

No hai parte de la literatura mas estrechamente ligada al estado actual de la sociedad que el teatro. El teatro de una época no puede nunca convenir á la que la siga, si una importante revolucion ha cambiado entre las dos las costumbres y las leyes.

No dejan de estudiarse aun los grandes escritores de otros siglos; pero no por eso se asiste á la representacion de las piezas escritas para otro público: los autores dramáticos de los tiempos pasados no existen sino en los libros.

El gusto tradicional de algunos hombres, la vanidad, la moda y el genio de un actor pueden sostener por algun tiempo, ó restablecer un teatro aristocrático en el seno de una democracia; pero mui pronto declinará por sí mismo, pues si bien no se le derriba, se le abandona.

CAPÍTULO XX.

De algunas tendencias particulares de los historiadores de los siglos democráticos.

Los historiadores que escriben en los siglos aristocráticos hacen depender casi todos los acontecimientos de la voluntad particular y del carácter de ciertos hombres, y deducen de los mas mínimos accidentes las revoluciones mas importantes: ellos dan un gran valor á las causas mas pequeñas, y frecuentementé no perciben las mas grandes. Los historiadores que viven en los siglos democráticos demuestran tendencias enteramente opuestas. La

mayor parte de ellos no atribuyen casi ninguna influencia al individuo sobre el destino de la especie, ni á los ciudadanos sobre la suerte del pueblo; pero en compensacion suponen grandes causas á todos los hechos pequeños y particulares. Estas tendencias opuestas pueden esplicarse.

Cuando los historiadores de los siglos aristocráticos fijan la vista sobre el teatro del mundo, descubren inmediatamente en él un pequeño número de actores principales que dirigen el drama. Estos grandes personajes que se mantienen siempre en el proscenio, detienen su vista y la fijan: mientras que se aplican á descubrir los motivos secretos que hacen obrar y hablar á aquellos, olvidan absolutamente lo demas.

La importancia de las cosas que ven hacer á algunos hombres, les da una idea mui exagerada de la influencia que puede ejercer cualquiera de ellos, y los dispone naturalmente á creer que es preciso siempre recurrir á la accion particular de un individuo para esplicar los movimientos de la multitud.

Cuando al contrario, todos los ciudadanos son independientes los unos de los otros, y cada uno es por sí débil, no se descubre quién ejerza un poder mui grande, ni ménos mui durable sobre la masa. A primera vista los individuos parece que carecen

absolutamente de influencia sobre ella, y podria decirse que la sociedad marcha solo por el libre y espontáneo concurso de todos los hombres que la componen.

Esto conduce naturalmente el espíritu humano á inquirir la razon general que ha podido fijar á la vez tantas inteligencias, y dirigirlas simultáneamente hácia el mismo lado.

Estoi convencido de que en las naciones democráticas, el genio, los vicios ó las virtudes de ciertos individuos retardan ó precipitan el curso natural del destino del pueblo; pero esta especie de causas fortuitas y secundarias son infinitamente mas variadas, mas ocultas, mas complicadas, ménos poderosas y por consecuencia mas difíciles de distinguir y conocer en los tiempos de igualdad que en los aristocráticos, en que únicamente se trata de analizar en medio de los hechos generales, la accion particular de uno solo ó de algunos hombres. El historiador se cansa pronto de semejante trabajo; su espíritu se pierde en medio de este laberinto, y no pudiendo llegar á percibir con claridad ni á descubrir las influencias individuales, acaba por negarlas. Prefiere entónces hablarnos del natural de los linajes, de la constitucion física del país, ó del espíritu de la civilizacion, y con ménos trabajo satisface mejor al lector.

M. de Lafayette ha dicho en sus Memorias, que el sistema exagerado de causas generales era mui ventajoso á los hombres públicos de medianos talentos, y yo añadiré que tambien lo es á los historiadores mediocres. Él les suministra siempre algunas grandes razones que los sacan prontamente de apuros en lo mas difícil de sus escritos, y favorecen la debilidad ó la pereza de su espíritu, haciendo honor á su capacidad.

Por lo que hace á mí, pienso que no hai una época en que no sea preciso atribuir una parte de los acontecimientos de este mundo á hechos mui generales, y otra á influencias mui particulares: estas dos causas se encuentran siempre, y solo su relacion difiere. Los hechos generales esplican mas cosas en los siglos democráticos que en los aristocráticos, y las influencias particulares ménos. En los tiempos de aristocracia sucede lo contrario: las influencias particulares son mas fuertes, y las causas generales mas débiles, á no ser que se considere como una causa general el hecho mismo de la desigualdad de las condiciones, que permite á algunos individuos oponerse á las tendencias naturales de todos los otros.

Los historiadores que pretenden describir lo que pasa en las sociedades democráticas, tienen, pues, razon de atribuir una gran parte á las causas gene-

rales, y de interesarse principalmente en descubrirlas; pero no en negar enteramente la accion particular de los individuos, porque sea difícil encontrarla y seguirla.

No solamente los historiadores de los siglos democráticos se inclinan á señalar á cada hecho una gran causa, sino tambien á ligar los hechos entre sí y á hacer salir de ellos un sistema.

Como en los siglos aristocráticos la atencion de los historiadores se dirige siempre sobre los individuos, pierden el enlace de los acontecimientos, ó mas bien, no creen en un enlace semejante, y el hilo de la historia les parece interrumpido á cada instante por el paso de un hombre. En los siglos democráticos sucede al contrario, pues viendo el historiador mucho ménos los actores y mucho mas los actos, le es fácil establecer una filiacion y un orden metódico entre estos.

La literatura antigua, que nos ha dejado tan bellas historias, no ofrece ni un solo gran sistema histórico, al paso que las mas miserables literaturas modernas abundan en ellos. Parece que los historiadores antiguos no hacian bastante uso de estas teorías generales, de que los nuestros están siempre dispuestos á abusar. Todavía tienen una tendencia mas peligrosa los que escriben en los siglos democráticos.

Cuando se pierde la huella de la acción de los individuos sobre las naciones, sucede frecuentemente que el mundo se conmueve sin que se descubra el motor; y como es muy difícil averiguar y analizar las razones que, obrando separadamente sobre la voluntad de cada ciudadano, acaban por producir el movimiento del pueblo, se inclina uno á creer que este movimiento no es voluntario, y que las sociedades obedecen, sin saberlo, á una fuerza superior que las domina.

Aun cuando se cree descubrir en la tierra el hecho general que dirige la voluntad particular de todos los individuos, esto no salva la libertad humana. Una causa muy vasta para aplicarse á la vez á millones de hombres, y bastante fuerte para inclinarlos á todos del mismo lado, parece irresistible; cuando se ha visto que todos ceden á ella, no es difícil persuadirse de que no era posible resistirla.

Los historiadores de las épocas democráticas, no solamente niegan á algunos ciudadanos el poder de obrar sobre el destino del pueblo, sino que quitan á los pueblos mismos la facultad de modificar su propia suerte, y la someten ya sea á una providencia inflexible ó á una ciega fatalidad. Según ellos, cada nación está invenciblemente ligada por su posición, su origen, su natural, sus

antecedentes á un cierto destino que todos sus esfuerzos no pueden cambiar. Suponen las generaciones dependientes las unas de las otras, y remontando así de edad en edad y de acontecimientos necesarios en acontecimientos necesarios hasta el origen del mundo, hacen una fuerte é inmensa cadena que rodea y liga todo el género humano. Como no les basta mostrar las razones que produjeron los hechos, pretenden hacer ver que no podían suceder de otra manera. Consideran por ejemplo una nación que ha llegado á un cierto punto de su historia, y afirman que se ha visto precisada á seguir el camino que la ha conducido de este modo; lo cual es más fácil que enseñar lo que hubiera debido hacer para tomar mejor ruta.

Los historiadores de los siglos aristocráticos, y particularmente los de la antigüedad, parecen dar á entender que el hombre puede hacerse dueño de su suerte y gobernar sus semejantes con solo aprender á dominarse á sí mismo; mientras que recorriendo las historias escritas en nuestros días, se diría que el hombre no puede nada ni sobre él ni sobre lo que le rodea. Los historiadores de la antigüedad enseñaban á mandar, los de nuestros tiempos no enseñan más que á obedecer. En sus escritos el autor parece frecuentemente grande, pero la humanidad es siempre pequeña.

Si esta doctrina de la fatalidad, que tiene tantos atractivos para los que escriben la historia en los siglos democráticos, pasando de los escritores á sus lectores, penetrase así en la masa entera de los ciudadanos y se apoderase del espíritu público, se podría prever que paralizaría mui pronto el movimiento de las nuevas sociedades, y convertiría los cristianos en turcos.

Diré además que una doctrina semejante es en particular peligrosa en la época en que nos hallamos: nuestros contemporáneos se inclinan mucho á dudar del libre albedrío, porque cada uno de ellos se siente limitado de todos lados por su debilidad; pero conceden sin embargo la fuerza y la independencia á los hombres reunidos en cuerpo social. Es preciso guardarse de oscurecer esta idea, pues se trata de reanimar las almas, y no de acabar de abatirlas.

CAPÍTULO XXI.

De la elocuencia parlamentaria en los Estados-Unidos.

En los pueblos aristocráticos todos los hombres dependen los unos de los otros, y existe entre ellos un lazo jerárquico con cuya ayuda cada uno puede mantenerse en su lugar, y el cuerpo entero en la obediencia. Alguna cosa análoga se encuentra siempre en el seno de las asambleas políticas de estos pueblos. Los partidos se alistan allí bajo ciertos jefes, á quienes obedecen por una especie de instinto que no es sino el resultado de hábitos